

ECUADOR

Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Freddy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editor: Hernán Ibarra Crespo
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© **ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR**

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 45

ECUADOR: US\$ 15,50

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 15

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 5,50

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

Magenta

DIAGRAMACION

Martha Vinueza

IMPRESION

Albazu Offset



ISSN-1012-1498

ECUADOR DEBATE 86

Quito-Ecuador, Agosto del 2012

PRESENTACION / 3-4

COYUNTURA

Diálogo de Coyuntura: Política y sociedad en tiempos de predominio estatal / 7-26

Conflictividad socio-política: Marzo-Junio 2012 / 27-34

TEMA CENTRAL

Cómo el sujeto se hizo objeto de las Ciencias Sociales

José Sánchez-Parga / 35-54

Construcción identitaria del sujeto

Robert Steichen / 55-76

El sujeto nace de su sujeción: De la antropología al psicoanálisis

Marie Astrid Dupret / 77-94

La literatura y la metafísica del Sujeto

Fernando Albán / 95-104

El sujeto y la muerte en la Filosofía Contemporánea

Ruth Gordillo / 105-114

Contingencias del concepto de sujeto en las humanidades y las disciplinas sociales

Guillermo García Wong / 115-130

DEBATE AGRARIO-RURAL

El empleo rural no agrícola en Ecuador

Cristian Vasco y Diana Vasco / 131-142

ANÁLISIS

Miseria del Populismo

Daniel Gutiérrez Vera / 143-150

La Constitución perdida. Una aproximación al proyecto constituyente de 1938 y su derogatoria

David Gómez López / 151-168

2 Índice

RESEÑAS

Enemigos íntimos: el cambio en la dinámica faccional del polo democrático alternativo / 169-172

Construcción identitaria del sujeto

Robert Steichen¹

El sujeto se construye en el lenguaje como un articulador del individuo en sus relaciones con su mundo subjetivo. Se propone un análisis de los modos de identidad individual, personal y subjetiva que tiene como marco de referencia el psicoanálisis. Para ello, se exploran los referentes constitutivos del mundo íntimo y sexual de los individuos.

Cualquiera que sea el estatuto actual de las familias en cualquier sociedad, la entidad “padres-hijos” constituye el crisol elemental en el que se producen las operaciones de “precipitación” - en el sentido químico del término -, que conducen a la formación de las identidades singulares. Estos procesos conciernen, por diversas razones, tanto a las contrapartes del grupo parental como a los hijos.

Cada una de las contrapartes de la pareja compone parcialmente su identidad por referencia a las otras, respecto de las expectativas familiares y sociales, en el ejercicio concreto de la función parental, en relación al hijo o a los hijos, y también en relación al tercero axiológico representado por el sistema de ideales/valores que inspira el proyecto. De otro lado, la formación de la identidad del niño es ampliamente tributaria del sistema familiar en el que nace. Recordemos el impacto sobre el niño del deseo de los padres antes in-

cluso de su nacimiento, las determinaciones de las primeras relaciones entre los padres y los hijos, las consecuencias de los procesos de identificación, de los que dan cuenta las teorizaciones bien conocidas (y muy caricaturizadas) del complejo de Edipo y los efectos de la educación en la familia. Algunas características paradójicas de la operación de definición de la familia llegan curiosamente a hacer desaparecer lo que más bien compete revelar. Nos proponemos reflexionar sobre el concepto de identidad y los conceptos de interferencias de los componentes de la identidad.

1. Las paradojas de la definición

Lo menos que se le puede pedir a un científico es definir su objeto. Clara y simplemente. Esta tarea está lejos de ser evidente para los psicólogos. ¿Cómo definir el objeto “psiquis” o “psiquismo”? ¿Qué es el hombre en cuanto ser psi-

1 Psiquiatra, psicoanalista y antropólogo, profesor (e.) de la Universidad Católica de Lovaina.

quico? Al cabo de más de un siglo de investigaciones y teorizaciones por las disciplinas que abordan este objeto ¿hay un consenso posible concerniente a una definición?

Por fuerza hay que reconocer que en lugar de una definición nos encontramos ante una nebulosa, una polvoreda de proposiciones, cuya heterogeneidad es un reflejo del campo de las disciplinas, que se interesan a este objeto. Psicólogos, psiquiatras, psicoanalistas, psicoterapeutas de diversas escuelas han acumulado cantidad de material para tratar de aprehender lo esencial. El material presente comporta además la herencia de los investigadores pre-científicos y las contribuciones de las otras ciencias humanas. Las definiciones del “ser psíquico” recogen como suplementos las especulaciones filosóficas y religiosas relativas a la articulación de los avatares históricos de los conceptos de alma, de cuerpo, de ser y de existencia. Estos antecedentes están lejos de ser asimilados por las modelizaciones contemporáneas de las ciencias psicológicas. De otro lado, éstas son ampliamente deudoras de las otras ciencias humanas, que contribuyen a una vasta y compleja antropología diversamente cualificada de cultural, social, filosófica, clínica, etcétera.

Ante esta excesiva riqueza de datos, se impone la urgencia de someterlos a un análisis de contenido metodológico, que conduzca a reducir esta inflación,

para extraer de ella los conceptos y modelos más pertinentes. ¿Es posible tal tarea? En todo caso ha sido emprendida por investigadores como Jean Gagnepain. Se podría juzgar de la enormidad de los esfuerzos aceptados, al conocer los trabajos recogidos por su “Teoría de la mediación”². En ella se propone la tarea de estudiar sistemáticamente los procesos de formalización del mundo y de lo humano, los cuales recurren ineludiblemente a la mediación por el lenguaje. Así al interior de una antropología de las operaciones del lenguaje interactúan las disciplinas de la glosología (que trata del decir), de la axiología (que trata de la elaboración de normas ético-morales), de la ergología (que trata de la dialéctica del instrumento) y de la sociología (que trata de las relaciones de las personas con lo político).

Sin embargo es obligado reconocer que estos trabajos muy avanzados han llegado a construir un aparato teórico muy denso, cuya complejidad contribuye no a la reducción del material de las ciencias humanas, sino a su enriquecimiento. Nos encontramos pues comprometidos en una paradoja ineludible: toda tentativa de simplificación de los datos relativos al objeto de las ciencias humanas contribuye a su complejización. No es ciertamente aquí que podemos lograr lo que otros, muy metódicos y exigentes, no han podido realizar en trabajos de envergadura. Retomemos la

2 Marchal, P., “La position épistemologique de l’anthropologie clinique”, en *Anthropologiques*, n. 1, Louvain-la-Neuve, 1988, pp.43-71; Gagnepain, J., *Du vouloir Dire. Traité d’épistemologie des sciences humaines*, vol. I. *Du Signe, de l’Outil*, Pergamon, Paris, 1982; vol. II. *De la personne, de la Norme*, Livre et Communications, Paris, 1991.

cuestión: si no se puede definir simplemente el objeto de las ciencias humanas ¿se puede al menos definir una dimensión particular de este objeto, en concreto la faceta de la “identidad humana”? ¿Se podría al menos emprender el inventario aproximativo de los enunciados más pertinentes actualmente sobre este tema?

Al igual que todas las ciencias, las llamadas “humanas” no pueden dejar de construir su “objeto” en lugar de la “cosa” que el objeto supone representar en el sistema de las representaciones científicas. La amplitud del saber científico sobre lo humano no falta para demostrar el carácter no teorizable y de contribuir a constituir un “resto”, que resista a la comprensión y explicación. Cuanto más se sabe tanto más se choca con lo que queda de heterogéneo al cuerpo del saber. Este resto enigmático está representado por las experiencias humanas más corrientes. En concreto, el enigma de la identidad está representado por la causa del sentimiento de identidad. Las tentativas de teorización no faltan, pero ninguna llega a dar cuenta en verdad de lo que hace que un ser humano (se) pueda decir “yo soy esto”. Así como también falta una teoría satisfactoria de la alteridad y de la diferencia. A falta de certezas debemos contentarnos con ensayos y teorías parciales.

Pero antes de explorar el sistema de representaciones teóricas, recordemos que las realidades humanas son ante todo el efecto de una experiencia vivida y de una tentativa de representación no científica. Todo humano hace, lo quiera o no, la experiencia de la humanidad y de la inhumanidad, que le está indiso-

ciablemente ligada. Esta experiencia de su propia condición y de la de los otros con los cuales interactúa, le obliga, lo forza a hacerse una representación aunque no sea más que para protegerse contra lo que padece como desagrados. Desde el inicio de su experiencia de vida, el niño está obligado a representarse lo que percibe y lo que interpreta. Y para ello utiliza el proceso de conocimiento paranoide, que interviene en toda tentativa de explicación y de comprensión del mundo. Es lo que hace el interés de la clínica, donde se ve cómo los pacientes construyen con sus propios medios, sus propias representaciones, las teorías explicativas de su ser y de sus relaciones.

Subyacente a los procedimientos ilustrados existe esta amplia interrogación común a los humanos inquietos, de los más humildes a los más complejos, de los operadores a los especulativos, que toma la forma de la cuestión fascinante: “¿Qué soy yo?” difractada en las cuestiones “¿de dónde vengo?” y “¿a dónde voy?”. La cuestión del ser se extiende en el tiempo, que va de los antecedentes a las consecuencias y desemboca en la cuestión del destino, bajo la forma de una lógica causal, que reúne los momentos de la historia individual y colectiva. La amplitud de esta interrogación es muy ilustrada por la existencia, en todas las culturas, de prácticas de consulta, de elucidación, de adivinación que confrontan los individuos inquietos a supuestos expertos, cuyo arte consiste en producir las respuestas por medio de los mismos consultores o por artificios en los cuales los sujetos inquietos leerán ellos mismos los “signos de su destino”.

2. La experiencia común: complejidad, heterogeneidad, transformabilidad

Mantengámonos todavía un momento en el campo de la experiencia común, antes de explorar los enunciados científicos. No es difícil encontrar material para una reflexión sobre la identidad. Ésta es ante todo una experiencia individual totalmente común. Cualquiera, incluso el menos dotado para la introspección y su formulación, es apto para testimoniar de su experiencia singular de la identidad y de su formación (identificación). Una definición elemental de la identidad hace consenso: “la convicción de ser uno mismo”. Todo el mundo se libra a este ejercicio, cuando intenta responder a la cuestión: “¿cómo has llegado a ser lo que eres?”. La experiencia auto-exploratoria se intensifica en el contexto particular de un psicoanálisis. El trabajo psicoanalítico vuelve repetidamente sobre las cuestiones fundamentales “¿quién soy yo?, ¿cuál es mi deseo? ¿de dónde viene la repetición en mi historia?”.

En estos enunciados concretos la identidad se da en primer lugar como el testimonio de una experiencia. Se trata de un saber que es un complejo, es decir, la articulación de una representación mental y de un afecto. Combina pues una representación cognitiva de sí mismo a una percepción interna de sí mismo. El “sentimiento de sí mismo” es una formación complicada y heterogénea, entre elementos que surgen de registros muy diferentes de la realidad. La representación de sí mismo es ya la combinación heterogénea entre la imagen de sí mismo (registro del imaginario) y las nominaciones de sí mismo (registro de lo

simbólico). De otro lado, la representación de sí mismo se articula a una auto-percepción del cuerpo propio como entidad más o menos acorde a la representación. La heterogeneidad de este ensamblado, severamente esquematizado aquí, está ilustrado por múltiples situaciones clínicas, reveladoras de las tensiones, clivajes, desacuerdos entre los componentes del ensamblado.

Las “perturbaciones de la identidad” desde las más anodinas y pasajeras hasta las más dramáticas y crónicas, están representadas por el vasto campo de los malestares y enfermedades, que traducen las divisiones internas, en las cuales los sujetos se pierden. La inmensa ubicuidad de estas experiencias sugiere que la experiencia de la coherencia y de la unidad de sí mismo está lejos de constituir la figura más representativa de la “normalidad” del funcionamiento psíquico. Ante la amplitud de estas constataciones, es difícil alistarse incondicionalmente a la ideología del ideal unitario del Yo propuesto por las corrientes de la egopsicología. El ser humano atestigüa sobre todo de divisiones internas, de contradicciones lógicas, de conflictos psíquicos. Ciertamente los estados de reducción o de asimilación de las tensiones internas son apreciables para todos, pero es simplista y abusivo oponer los estados de clivaje a la experiencia unitaria sobre el modelo de la oposición entre “patología” y “normalidad”.

Los “estados del yo” representan la diversidad de modos entre el polo del despedazamiento y el de la cohesión y se traducen en “modalidades funcionales” que producen sentido en el tejido social. Angustias e incertidumbres alimentan los cuestionamientos, replantea-

mientos e investigaciones tanto como la inventiva y creatividad. De otro lado, los estados de confianza en sí mismo, de certitud y de complacencia narcisista estimulan las funciones sociales de empresa, de organización y decisión. En otras palabras, la diversidad de estados del yo mantiene la diversidad de modalidades de inserción social. Se sabe además que las modificaciones en los destinos individuales no son concebibles más que por el hecho de la alternancia entre momentos de cuestionamiento inquieto sin respuesta y de afirmación sin poner nada en cuestión. El concepto de “crisis existencial” designa precisamente estos momentos de desestabilización del yo basculando de una posición a la otra, con su cortejo de angustias, de dudas, de vértigos, de pérdidas y caídas y los síntomas somáticos correspondientes.

3. El concepto de identidad

El concepto de identidad ocupa un lugar privilegiado en los discursos contemporáneos, ya se trate de enunciados sociopolíticos, de enunciados privados o de aquellos de las ciencias humanas. La identidad – individual o grupal – figura en ellos como un derecho fundamental (el derecho a ser uno mismo) y como valor individual y social (derecho al desarrollo en la especificidad), que merece ser protegido contra toda forma de alienación (derecho a disponer de sí mismo). Esta valoración es sobre todo sensible, cuando estos derechos son amenazados por riesgos de pérdida de identidad o de cambio de identidad en los procesos de alteración individual o colectiva de la identidad: intolerancia racista, exilio o integración obligados, adaptación for-

zada. La identidad se define en estas situaciones como la particularidad de ser uno mismo, de ser específico respecto de los otros (referentes) y de ser reconocido como tal por estos últimos. La identidad se refiere a la alteridad y se constituye por referencia a ésta (“Yo soy un otro” – según la expresión de Rimbaud).

La identidad se define como una manera de ser particular, que se especifica por una cierta delimitación en el espacio y una cierta permanencia en el tiempo. Sin duda, el existencialismo moderno desde Hegel nos ha habituado a pensar el ser humano como paradójicamente caracterizado por una incapacidad a ser en sentido de la imposibilidad de gozar de una inmanencia a la cual solo podría pretender un ser-en-sí, que estaría radicalmente exento de toda referencia alienante. En este sentido, el ser humano estaría más exactamente caracterizado por una carencia-de-ser. Un defecto de la capacidad de con-sistir en sí mismo (o de in-sistir), lo que le obliga a constituirse en referencia a otro (de ex-sistir). El ser humano en la perspectiva fenomenológica sería más bien un “ser-en-el mundo” vinculado por una relación de constitución mutua respecto de este mundo, que sería su realización contingente.

La falta-de-ser sería la consecuencia misma del hecho de ser-hablante. El lenguaje de hecho instaura una distancia entre el locutor y lo que habla. El soporte del ser-hablante en su mundo está mediatizado por el lenguaje y sus operaciones. El enunciado hegeliano: “el lenguaje es el asesino de la cosa” significa que para el ser-hablante la referencia al mundo está mediatizada por sus objetos que son efectos del lenguaje. Para dar

cuenta de la identidad de este ser-hablante afectado por una falta-de-ser constitutiva, la lengua francesa propone muchos conceptos. Dejando de lado los parámetros de la identidad física, que se refieren al cuerpo y a la apariencia física (sexo, edad, raza, tipo físico), además de los conceptos de individuo, de persona (con sus connotaciones de personaje, de personalidad y de yo) y de sujeto, la lengua propone los nombres (propio, patronímico, linaje), los estatutos, funciones, roles, títulos, concernientes al actor social. Estos conceptos no son válidos más que al interior del grupo cultural que los conceptualiza. De hecho, no tienen curso más que en el marco de la realidad particular de una sociedad singular en un momento histórico dado.

La realidad podría definirse como el conjunto de hechos, de fenómenos y de acontecimientos (respectivamente los objetos de la observación objetiva, de la experiencia subjetiva y del análisis socio-histórico), que constituyen la referencia común de la verdad para una comunidad humana dada. Los hechos, los acontecimientos y fenómenos tienen el estatuto de construcción mental, cuya heterogeneidad se encuentra en la complejidad de la realidad. La realidad, en efecto, comporta al menos tres componentes que resultan de tres registros existenciales con los cuales todo ser-hablante debe contar: la realidad del imaginario, que es el conjunto de imágenes mentales (resultado de la articulación selectiva de las huellas de percepción), la realidad simbólica, que es el conjunto de elaboraciones lógicas (producto de la combinación de los significantes), y la realidad de lo real, que se impone a los sujetos como

masa de lo inimaginable e indecible (el caos de lo no representable).

4. La identidad del individuo

La palabra "individuo" remite a una entidad indivisa o que resiste a la división, que no puede ya ser dividida so pena de perderse. Se trata de una entidad irreductible que está claramente delimitada por referencia al conjunto del que participa y en relación a las otras entidades individuales a las cuales se confronta. El individuo está delimitado en el espacio por los límites de su cuerpo físico y en el tiempo por la duración de su vida. Sin embargo, si el cuerpo manifiesta el individuo, no lo resume. El individuo no se reduce al cuerpo que lo representa, sino que remite a la singularidad psíquica que lo demarca respecto de los otros individuos. El individuo, además, no es una mónada aislada, solitaria y autosuficiente sino que participa a las características del conjunto de individuos al que pertenece. El concepto de individuo adopta connotaciones particulares en función del registro de lectura aplicado al conjunto del que resulta.

En una lectura cuantitativa el individuo es la unidad contable, la que se puede encontrar para tomarla suficientemente en cuenta y que es suficientemente objetivable para dejarse contar. Pero el individuo no cuenta más que en función de las categorías contables, es decir de subconjuntos en los que puede ser incorporado y que son estadísticamente representativos respecto del conjunto englobante. Su valor reside en la magnitud numérica del conjunto y del subconjunto, al que pertenece. Si tenemos que ocuparnos de un análisis cuan-

titativo sociológico de una colectividad dada en función de criterios económicos, demográficos u ocupacionales por ejemplo, nada sabremos de los individuos aislados, puesto que las encuestas son anónimas. Podemos sin embargo asociar tales o cuales individuos concretos, incluidos nosotros mismos, a las categorías estadísticamente significativas y deducir un sentimiento de pertenencia más o menos satisfactorio.

El individuo colectivizable obtiene los efectos de la colectivización que le toma en cuenta, y es identificado por el grupo al que pertenece. Más aún, recibe de él los efectos psicológicos, es decir está modificado por su pertenencia al grupo. La identificación al grupo lleva al individuo a reconocerse en los rasgos de su grupo y a reforzar su pertenencia por la adopción de las características por las cuales el grupo es reconocido por los otros grupos. Encontramos aquí los fundamentos de la identidad cultural, nacional o étnica; y también el campo de ejercicio de las facultades de conformidad, de oposición, de marginalización y de exclusión por los cuales los individuos se posicionan respecto al “modelo” del grupo.

Para precisar los fenómenos de la identificación del individuo al grupo de pertenencia, y para comprender sus efectos, es instructivo referirse a la psicología colectiva. Hace más de cien años G. Le Bon se interrogaba sobre la manera que los individuos son afectados por su pertenencia a un grupo nacional.³ Se tra-

taba en particular de comparar el funcionamiento psicológico colectivo del pueblo francés y del pueblo alemán. El problema se encontraba dictado por el contexto de la época – guerra francogermana de 1870 –y no hay que sorprenderse de que el investigador sufra los efectos psicológicos de su propia pertenencia nacional. El maniqueísmo que acusa el contraste entre las psicologías nacionales está inevitablemente nutrido por las proyecciones del autor, que tiende a atribuir al otro pueblo los defectos inversamente correlativos a las virtudes supuestas de su propio pueblo. Esta observación no reduce el interés de su lectura muy al contrario: la obra se muestra estimulante para debates contradictorios sobre el concepto de identidad nacional y su manifestación en las representaciones colectivas, que son los estereotipos nacionales.

Señalemos aquí la discusión de Freud de la obra de Le Bon introduciendo su propia reflexión sobre la psicología de las masas.⁴ Las dos proposiciones que Freud considera más importantes en Le Bon conciernen los efectos producidos sobre el individuo por su inmersión en una masa: la inhibición colectiva del funcionamiento individual y la exageración de la afectividad de las muchedumbres. Junto a estos efectos jugados “negativamente” Le Bon señala además que “la ventaja personal (que) constituye en el individuo casi el único móvil de la acción” cede ante una colectividad, que produce en los individuos un mayor desinteresa-

3 Le Bon, G., *Psychologie des foules* (1895), Alcan, Paris, 1921.

4 “Freud, S., “Psychologie collective et analyse du moi”, en *Essais de psychanalyse*, Payot, Paris, 1967, pp. 86-105.

miento, que va hasta el espíritu de sacrificio. En otras palabras, la identificación colectiva cambia la relación del individuo respecto a su identidad singular. Asociando el estudio de Le Bon al de McDougall sobre la misma cuestión, Freud subraya los efectos contradictorios de la colectividad sobre el individuo en una muchedumbre pasajera (caso de una masa politizada comprometida en una manifestación, una revolución o una guerra) de una parte y de otra parte en una institución social estable.⁵

Esta distinción recibe en McDougall la forma de la distinción entre dos niveles de organización: la organización "débil" de las muchedumbres y la organización "superior" de las sociedades. En una muchedumbre el individuo se destituiría de una parte de su identidad personal, renunciaría en parte a sus capacidades intelectuales y sería más sumiso al contagio afectivo. Freud se interroga sobre la naturaleza de esta organización, y avanza la hipótesis que los individuos presos una muchedumbre "no organizada" renuncian a características individuales, provisoriamente, pero para atribuir a la muchedumbre en su conjunto los atributos propios del individuo. Este fenómeno de proyección (sobre la muchedumbre, sobre el conductor, sobre el ideal de grupo) del ideal del yo individual acarrearía la identificación de los individuos a la colectividad. Esta observación nos conduce de una

lectura cuantitativa del fenómeno de la identificación de los individuos en colectividad a una lectura cualitativa. Los efectos identificatorios de un individuo a la colectividad están tanto más marcados cuanto mayor es la muchedumbre y más exaltadas las pasiones.⁶

La psicología social contemporánea ha multiplicado los estudios científicos de las conductas y los actos de los individuos en cuanto están influenciados por otros individuos en colectividades más o menos grandes, más o menos emotivas y más o menos organizadas. En este vasto campo hagamos al menos alusión para documentar el concepto de identidad individual, a los efectos de la ideología social sobre la génesis de la identidad individual.

5. La identidad "personal"

La extensión del uso de la palabra "persona" es tal que ha terminado por vaciarse de su substancia concreta y designar un campo de conceptos abstractos y heterogéneos. De ello resulta la paradoja que hace que "persona" designe a la vez la substancia de alguien y su ausencia. En cuanto concepto psicológico la palabra es molesta por el exceso de sus connotaciones tanto comunes como ilustradas. La palabra ha hecho una larga carrera en teología, filosofía y derecho, y se ha cargado en su camino de nuevas conceptualizaciones.

5 McDougall, W., *The group mind: a sketch of the principles of collective psychology with some attempt to apply them to the interpretation of national life and character*, Cambridge University Press, Cambridge, 1920.

6 Steichen, R. "Logiques de la passion et pathologies", en Durandea, A., Vasseur-Fauconnet, C. (dir.), *Sexualité, mythes et cultura*, L'Harmattan, Paris, 1990, pp. 136-149.

Actualmente la palabra es demasiado rica para ser usada como concepto científico. Sin embargo, tratándose de reflexionar sobre la identidad humana, es imposible evitarla, pues aporta a la construcción de la representación de la identidad algo diferente de los conceptos de “individuo” y de sujeto”.

Para saber de qué hablamos, precisemos un poco los conceptos de “persona” y de “personalidad”, que comparten la misma herencia etimológica recogida de la “persona” latina. Es usual en la enseñanza de la psicología recordar al respecto la recensión de Allport de unas cincuenta definiciones diferentes del concepto de personalidad, del que hace un estado de la cuestión antes de proponer la suya. Retengamos de ello que la personalidad es lo que singulariza, especifica los individuos unos de otros en sus relaciones interindividuales y sus interacciones con el entorno. Esta especificación se opera por un conjunto de características, de experiencias y de procesos, a cuyo objeto las escuelas de psicología han producido un bello abanico de teorías y de “modelos de personalidad”.⁷

Esta complejidad que coincide con el despedazamiento del campo de la psicología en corrientes y escuelas, cada una con su o sus definiciones propias de lo humano y de la ciencia, corresponde a la imposibilidad de reducir el ser humano a un objeto científico sin perder su especificidad. Para la psicología debutante, el concepto de persona ampliamente utilizado en filosofía y en derecho

era inutilizable. Los psicólogos del siglo anterior, reivindicando el estatuto de científicidad en su dominio, han promovido el ideal de la objetividad para seguir el ejemplo impresionante de las ciencias llamadas exactas. Para ello, los psicólogos “científicos”, es decir experimentalistas, se ha esforzado en evacuar lo más posible la subjetividad de los investigadores y la de los “sujetos” de experiencia. La psicología ideal era una descripción de procesos anónimos a partir de la observación rigurosa de individuos despersonalizados con la finalidad de establecer leyes generales.

En reacción contra esta psicología impersonal, que evacuaba las singularidades, las excepciones y las significaciones, se ha erigido una psicología que privilegia, por el contrario, todo lo que hace la personalidad de los individuos. Así, la psicología diferencial con intención ideopática se ha opuesto a la psicología general prosiguiendo el ideal nomotético. El término de persona ha sido conceptualizado en psicología por la fenomenología, que se define a la vez como filosofía y método psicológico. A finales del siglo XIX el término de persona estaba cargado de todos los desarrollos proporcionados por el “personalismo” o conjunto de doctrinas filosóficas que han promovido la persona y la personalidad como referencias de base para toda investigación y reflexión sobre el ser humano. El personalismo (como corriente filosófica) se diferencia del individualismo (como ideología social) por el én-

7 Allport, G.W., en *Personality: A psychological Interpretation*, Holt Reinhart and Winston, New York, 1937.

fasis puesto sobre la comunicación en las relaciones de alteridad constitutiva de identidad. Si se quiere establecer el inventario exhaustivo de los antecedentes del personalismo, es casi necesario hacer la histórica de la filosofía desde la antigüedad. No es este el caso aquí. Más cercano puede ser encontrar los momentos claves en la emergencia de los conceptos designando el ser personal, como el *ego* de Montaigne, de Pascal, de Rousseau, el *yo* según Descartes, la *conciencia de sí mismo* en Hegel, el *sujeto* en Kant y Kierkegaard. El “personalismo” propiamente dicho está constituido por corrientes muy diversas. Mientras que Renouvier defiende la personalidad como categoría que contiene las otras, Stern argumenta por el reconocimiento del ser personal en cuanto centro axiológico del mundo de los valores.⁸ La psicología fenomenológica y existencial, promueven la “persona” y la “personalidad”, inspirándose en los aportes de Husserl, Scheler, Heidegger, Jaspers, en Alemania; y en Francia de filósofos tan diversos y contrastados como Bergson, Sartre, Merleau-Ponty, Marcel, Moinier, Nedoncelle, Ricouer. A título de ejemplo, la lectura de Mounier es particularmente demostrativa de la complejidad y de la riqueza de los desarrollos psicológicos concernientes a la vida relacional de los seres personales. Sin embargo hay un reverso de la medalla.⁹ Esta riqueza y esta complejidad acarrear un hándi-

cap para la psicología, debido a una sobrecarga cuantitativa y cualitativa de descripciones y teorizaciones.

¿Cómo un concepto tan amplio y vago como el de “personalidad” puede contribuir útilmente a nuestra reflexión sobre la identidad? Una manera de proceder es limitarse modestamente a comentar algunas propiedades de la personalidad tales como son definidas en el texto de síntesis propuesto por Corraze.¹⁰ Este autor toma en consideración cuatro “caracteres” – diríamos aquí características – a las que remite la personalidad, inspirándose para ello en las que Jaspers atribuye a la “conciencia de sí mismo”. Comencemos señalando que la consecuencia de esta referencia es asimilar la personalidad a su sola dimensión consciente y su reflexión en el Yo imaginario. Lo que obliga a introducir una reflexión ulterior a propósito de los efectos del inconsciente en la construcción de la identidad, que llamaremos “subjetiva” para diferenciarla de los aspectos “individual” y “personal”. Las características de la personalidad así delimitadas serían la individualidad, la autonomía, la constancia y la especificidad motivacional.

De estas características la personalidad se especifica sobre todo por la *actividad motivacional*. La ideología individualista contemporánea supone que la realización individual, es decir la auto-realización y el desarrollo personal,

8 Renouvier, Ch., *Le personalisme. Etude sur la perception externe et sur la force*, Alcan, Paris, 1903; Stern, W., *Die menschliche Persönlichkeit*, Barth, Leipzig, 1918.

9 Mounier, E., *Manifeste au service du personalisme*, Aubier, Paris; y *Le Personalisme*, PUF, coll. “Que sais-je?”, Paris, 1950.

10 Corraze, J., “Personnalité”, en *Encyclopedia Universalis*, vol. 12, Paris, 1980, pp. 827-830.

se manifiesta en las realizaciones sociales. En una cultura y una época en que los individuos son considerados “ser lo que hacen”, la actividad se vuelve un soporte importante de identidad. La cuestión “¿Qué haces en la vida?” invita al interlocutor a declinar su identidad profesional, sus realizaciones y ganancias, sus compromisos sociales y políticos, además de su situación familiar. Este conjunto que constituye su visibilidad social se presta ya a un juicio de valor en función de criterios sociales, concluyendo en la categorización en términos de éxito o de fracaso. La identificación en cuanto “ganador” (*winner*) o “perdedor” (*looser*) induce la reputación que influye sobre la carrera ulterior. La difusión de este proceso identitario de origen norteamericano tiene como consecuencia el desarrollo de “identidades” marginales coordinadas por conductas que tienden a evitar el fracaso. En una sociedad donde el valor personal de los individuos se mide por su éxito (material y social), los que fracasan están confrontados a un juicio de incapacidad. Muchas soluciones se ofrecen a estos últimos para escapar de una identidad catastrófica para su “auto-estima”, que los introduce en el círculo vicioso de los fracasos repetidos. Si la invocación de la mala suerte, de la desgracia como explicación del fracaso son inadecuadas, queda la enfermedad, la victimización o la emigración.

La explicación del éxito o del fracaso de la actividad social es buscada en la actividad persona, es decir la dinámica

que se enuncia en términos de *fuerza*, de *energía* o incluso de *motivación* y de *voluntad*. Numerosos autores ponen el acento sobre lo que en las conductas humanas es del orden de lo innato, del instinto, del automatismo, del reflejo, de la adaptación, de la reacción a los estímulos, del aprendizaje. Otros valoran los dinamismos que implican más bien la creatividad y la responsabilidad, tales como la intención, el proyecto, la voluntad. Lo que está en juego es la construcción de modelos de causalidad en ciencias humanas que den cuenta de los determinismos individuales.

6. Identificación: la formación del Yo

El proceso de construcción de la identidad se encuentra ya indicado en la significación corriente de la palabra “identidad”, tal como es definida en los diccionarios: “lo que hace que una cosa es la misma que la otra”. Es idéntico “lo que no hace que uno con otro es comprendido en la misma idea”.¹¹ Desde el principio el sujeto se encuentra en el mismo caso del otro antes de diferenciarse de él. ¿O es que entonces identificación y diferenciación no son, *ab initio*, sincrónicas y en relación dialéctica? La definición psicoanalítica es bastante matizada al respecto: “proceso psicológico por el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo del otro y se transforma total o parcialmente según el modelo de éste. La personalidad se constituye y diferencia por

11 *Larousse Classique. Nouveau dictionnaire encyclopedique*, Librairie Larousse, Paris, 1915, p. 497, y *Dictionnaire de l'Académie Française*, vol. II, Société de Paris, 1837, p. 161.

una serie de identificaciones".¹² En esta definición se trata de un sujeto previo, que se transforma y de una personalidad en devenir. Más precisamente, el producto de las identificaciones sucesivas. En esta perspectiva, el Yo representa el sujeto en el imaginario y se manifiesta en la personalidad.

Para evitar la confusión de ideas, y no perdernos en el dédalo de los modelos psicopedagógicos, no hablaremos aquí de educación ni de aprendizaje con los cuales la identificación no se confunde. Nos limitaremos estrictamente a los procesos de formación de la representación de sí mismo, que el individuo elabora para sí mismo y para los otros, con la ayuda de los otros. Estos procesos de construcción del yo se deducen de procesos de des-construcción observados en clínica de adultos (perturbaciones de identidad y regresión en cura) y de construcciones observadas en los niños. El concepto de identificación en el sentido del psicoanálisis se diferencia del de la imitación. Si la identificación hace que uno se vuelva idéntico al modelo, la imitación hace que se reproduzca la conducta. Pero el concepto de identificación recubre parcialmente operaciones que contribuyen a la identificación tales como "toma de posición" o "posicionamiento" (*Einstellung*), "incorporación", "introyección" e "invertir". Este concepto, por otra parte, se deslinda del de "proyección", que designa el proceso por el cual el sujeto atribuye a otro lo que desconoce en sí mismo.

La identificación es tomada aquí en el sentido de los procesos de constitución de un Yo, delimitado respecto de los otros (*Mitmenschen*) en cuanto objetos relacionales y modelos de identificación, pero también por relación al Otro, que designa el sistema de representaciones y la estructura del lenguaje en los cuales el sujeto está preso. El Yo así delimitado es en lo que el "yo" se objetiva y se manifiesta y se hace entender. En los estudios de caso (análisis de adulto) situaciones concretas son tomadas como ejemplos de identificación: la aptitud a ocupar el lugar de otro en un contexto particular en cuanto remplazo (*Ersatz*) y el de retomar por su cuenta los síntomas de otro.¹³

En cuanto al mecanismo en juego, el modelo, su modelo, ha sido encontrado en la organización de las relaciones entre el niño y el mundo circundante reconstruidas a partir de la regresión de los adultos en el marco de la transferencia en la cura. El prototipo de la identificación sería la incorporación de fragmentos del mundo exterior para hacer de ello el *Self*. La función operatoria es oral: la boca en cuanto apertura en el cuerpo, en cuanto umbral entre lo exterior y lo interior, en cuanto zona corporal excitada para la nutrición (para satisfacción como para su frustración) es el primer modo diferenciado entre el niño y el mundo¹⁴. La función oral (que es más que la función nutritiva) es el primer modo de constitución de una distinción entre el no-*Self* y el *Self*¹⁵.

12 Laplanche, J., Pontalis, J.-B., *Vocabulaire de la psychanalyse*, PUF, Paris, 1967, p. 187.

13 Freud, S., Breuer, J., *Etudes sur l'hystérie (1895)*, PUF, Paris, 1956; Freud, S., "Fragments d'une analyse d'hystérie": Le cas Dora", (1905), en *Cinq psychanalyses*, PUF, Paris, 1953, pp. 9-22.

El período de las relaciones orales estaría caracterizado por una ilusión inicial de indistinción, de fusión entre el *Self* y el cuerpo maternal. Esta ilusión sería descartada por las alternancias entre las presencias y las ausencias del objeto oral, coincidiendo con los retornos y las partidas de la madre. La identificación es entonces correlativa a la separación. Los defectos de aceptación de la separación se traducen por perturbaciones en la construcción de la identidad. La nostalgia obsesiva de una indistinción primaria estaría al origen de las depresiones llamadas “anaclíticas”. Esta nostalgia de la fusión es mortífera para el sujeto, puesto que tiende a anular la condición de emergencia, es decir de separación. Las conductas que concretizan esta búsqueda de la indistinción acarrear de hecho la abolición de la identidad indistinta en el sueño, la obnubilación del pensamiento y la fuga a los paraísos artificiales por el alcohol, las drogas y otras adicciones.

La clínica de la obnubilación del pensamiento demuestra su función en la constitución de la identidad. El pensamiento debería tomar de hecho el relevo de la función oral. Si ésta contribuye a producir *Self* por la incorporación, el pensamiento por su parte contribuye a ello por la introyección. El pensamiento, actividad permanente de representación, es una inversión de huellas de percepción de la realidad exterior; conduce a construir la realidad interior, realidad psí-

quica, en cuanto sistema de representaciones investido de afectos y de sentido. El pensamiento no introyecta la realidad exterior tal cual, sino trabajada por las selecciones y las combinaciones de huellas de percepciones: “pedazos de realidad”. La operación de introyección es correlativa a la distinción entre el exterior y el interior: contrariamente a lo que era incorporado, el objeto de la introyección es reconocido como diferente y exterior, y es inscrito en las memorias en cuanto realidad psíquica.

La diferenciación entre el *Self* y el no-*Self* bajo los efectos de la incorporación y de la introyección está reforzada por la construcción de la imagen del cuerpo. El *Self* de hecho no es todavía un cuerpo, es decir la representación de una entidad cerrada, figura delimitada en cuanto “esquema unitario interno”, que dota al sujeto de una coherencia interno – externo-receptiva. La clínica de las psicosis, y más particularmente las alucinaciones llamadas del “cuerpo fragmentado” ilustran las consecuencias de un defecto de esta representación unitaria del *Self*, que inscribe los “pedazos y fragmentos” del organismo en los límites de un “cuerpo unitario”. A esta formación precede el estadio del espejo¹⁶.

Este cuerpo no es sólo una “superficie” sino una envoltura, que separa el interior del exterior y que está dotado de aperturas (orificios), que permiten el pasaje (acción y pasión) de objetos entre el

14 Freud, S. *Trois essais sur la théorie de la sexualité*, (1905), c. 2, sect. II, Gallimard, coll. “Idées”, Paris, 1962.

15 En el estadio oral el Yo (*der Ich*) no está todavía constituido en cuanto representación figurada del *Self* (*Selbst*). El *Self* es el precursor del Ego, que es esta representación figurada.

16 Lacan, J., “Le stade du miroir comme formateur du Je” (1949), en *Écrits*, Seuil, Paris, 1966, pp. 93-100.

dentro y el fuera. Estas elaboraciones mentales constituyen las teorías sexuales de los niños. Entre éstas se encuentran los escenarios, que dan cuenta de la diferencia entre los sexos, de las relaciones entre los sexos y de la procreación. La teoría infantil de la llamada “escena primitiva” es un escenario de relaciones entre dos cuerpos implicados en un acto de penetración génito-anal. En este escenario que es interpretado por los niños como un acto cumplido por la fuerza de uno sobre otro, la diferencia entre los agentes del acto es interpretado en términos de actividad y pasividad. La posición adoptada por el sujeto-niño respecto a los términos de esta bipolaridad sería el fundamento de la identidad sexual. O el sujeto “toma” o “se da”, y eso independientemente de su diferencia anatómica. En esto, la identidad sexual actuada por roles no se desprende directamente de la realidad de los cuerpos sino de la realidad de la representación fantasmática de las relaciones intersubjetivas y de la identificación a uno de los polos de esta representación.

Esto nos conduce a una redefinición de la identificación. Ésta sería la manifestación más precoz de una relación *sentimental* con otro: es quedar investido por la otra persona. El escenario que la organiza se representa sobre la “otra escena”, la de la realidad subjetiva distinguida “de” y correlativa “a” la realidad objetiva. Este escenario está en el centro de la teoría del “complejo de Edipo”. Este es una combinación compleja de representaciones y de afectos, cuyo so-

porte cultural es el mito griego de Edipo.

7. La identidad del sujeto

Hasta ahora la identidad ha sido tomada en consideración respecto a la inserción en la colectividad y respecto a la relación intersubjetiva. Se sobreentendía que estas relaciones son eminentemente discursivas. Se trataba de un individuo tomado en un discurso social y de una persona tomada en una relación dialogal. Es preciso tomar más en consideración los efectos del lenguaje en la construcción de la identidad subjetiva. Señalemos con Benveniste que es “la instalación de la subjetividad en el lenguaje que crea la categoría de persona”, lo que quiere decir que la persona no es concernida sino en cuanto hay un sujeto hablante.¹⁷ Nos hacemos existir ante los otros primero y ante todo por el lenguaje, en el que nos representamos por el pronombre personal y su redoblamiento en el yo, especificado por el pronombre, el nombre o los nombres. La nominación hace existir un sujeto por un significante en el campo del lenguaje.

Subrayemos otra vez la excentricidad del ser hablante respecto a los significantes que le representan – los *shifters*. Los pronombres, nombres y apellidos que designan lo más singular son deducidos al uso individual del uso más común que hay. “Yo” es un significante común. El nombre propio no es dado y *viene de otro lado*. Los representantes semánticos, los significantes del locutor, los *shifters* son *anónimos*. El locutor está

17 Benveniste, E., *Problèmes de linguistique générale I*, Gallimard, coll. Tel, Paris, 1976, p.263.

excluido de la fase en la que se representa y es el acto de la palabra – *speech act* – que identifica al *shifter* anónimo y generalizador. El sujeto antes de ser un utilizador del lenguaje es un producto, un efecto del lenguaje. El locutor se produce cuando habla y dice siempre más de él mismo de lo que cree o quiere decir. Utilizando el lenguaje a modo de un instrumento para traducir un pensamiento y transmitir una información entre locutores. Pero haciendo esto, los locutores quedan presos en un orden que los trasciende y los determina: el orden simbólico. El sujeto es el efecto del lenguaje sobre un individuo en su manifestación al otro, en cuanto manifiesta otra cosa que su personalidad. Hablando y actuando, hace entender y manifiesta algo que es diferente de lo que dice y muestra. Hablando, el individuo es hablado, *ello* habla a través de él.

A inicios del siglo XX, Freud había ya puesto el acento sobre el hecho que *Ello* hablaba en el inconsciente. El trabajo del sueño es en efecto un trabajo del lenguaje.¹⁸ Así, los sueños se descifran como un criptograma, cuyos elementos significantes funcionan a la manera de jeroglíficos. De otro lado, las operaciones del sueño – condensación y desplazamiento – corresponden a figuras del lenguaje – metáfora y metonimia. Esta correspondencia, destacada por Jakobson, ha impreso un importante impulso a

una relectura de Freud, poniendo en valor el funcionamiento del lenguaje del inconsciente.¹⁹ Instruido por la tesis hegeliana relativa al lenguaje, por la lingüística desarrollada por Saussure y por el estructuralismo antropológico de Lévi-Strauss, Lacan ha desarrollado la tesis de que “el síntoma se resuelve todo él en un análisis de lenguaje, porque él mismo está estructurado como un lenguaje, que es el lenguaje cuya palabra debe ser liberada”.²⁰

Una tal concepción invierte evidentemente la concepción del sujeto representado por el yo consciente. Una distinción se impone entre el sujeto del enunciado, que se hace presente en la frase por el sujeto gramatical (redoblado por el yo como en “Yo, yo pienso que...”) de una parte, y el sujeto de la enunciación, es decir de las operaciones que producen el enunciado en el inconsciente, de otra parte. Así, el sujeto de la razón consciente es distinguido del Sujeto del pensamiento inconsciente. El Sujeto del inconsciente no aparece en los defectos y tropiezos del discurso del sujeto razonante, siendo en lo que este último puede decir “que ha sido traicionado por su pensamiento”.

De otro lado, el Sujeto así definido y el Yo funcionan en dos registros de existencia diferentes. El Yo, de hecho, en cuanto producto de la serie de identificaciones sucesivas, es una construcción

18 El desplazamiento y la condensación son las dos operaciones a las cuales debemos esencialmente la forma de nuestros sueños. Cfr. Freud, S., *L'interprétation des rêves* (1900), PUF, Paris, 1967, p.266.

19 Jakobson, R., “Deux aspects du langage et deux types d'aphasie” (1965), en *Essais de linguistique générale*, Minuit, Paris, 1963, pp. 65s.

20 Lacan, J., “Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse”, (1953), en *Écrits*, Seuil, Paris, 1966, p.269.

imaginaria. El Sujeto, por otra parte, en cuanto efecto de la cadena significativa es un producto simbólico. Está representado por un significante junto a los otros significantes. Es a esta cadena significativa que determina el Sujeto, que Lacan propone dar el nombre de el Otro (con un gran O) para distinguirlo del otro, que es el otro semejante de la relación intersubjetiva.

Esta verificación de las relaciones entre el Sujeto y el Otro (llamada relación inconsciente) y entre el yo y el otro (llamada relación imaginaria) es en esta teoría ejemplar de las interacciones y antagonismos entre las dimensiones imaginaria y simbólica de las relaciones concretas. Las distinciones entre los registros constitutivos de la Realidad, es decir de lo real, imaginario y simbólico, se muestran muy pertinentes para dar cuenta de los efectos de la palabra en clínica. Si los síntomas hablan, pueden ser entendidos y traducidos en lenguaje articulado. En este sentido los síntomas constituyen un progreso respecto a las conductas repetitivas desgraciadas. Freud ha insistido en la elaboración simbólica sobre la base de la rememoración como vía de salida respecto a la repetición²¹. Releyendo Freud, Lacan opone la insistencia simbólica del síntoma a la repetición de encuentros desgraciados con lo real²².

8. Especificación del sujeto por el deseo

y el fantasma

Mientras que el deseo humano sea confundido con el deseo y la demanda no podrá ser reconocido como singularizando al sujeto. Lacan se ha esforzado en separar el concepto del deseo, y ponerlo en el lugar de lo que caracteriza fundamentalmente al sujeto. La necesidad es una tensión, ligada a la ruptura de un equilibrio homeostático fisiológico, reducido a un objeto específico. Por su parte, la demanda es una fórmula del lenguaje que se dirige a otro concreto y se refiere a un objeto particular. Pero de hecho la demanda no es formulada sino porque un reconocimiento es esperado del otro, o al menos el de ser un interlocutor viable. Entre la necesidad y la demanda hay una distancia, donde se reconoce el deseo que no puede ser satisfecho por un objeto específico y que apunta al otro, más allá de su respuesta concreta, su deseo de él.²³

El deseo tiene de común con el sujeto el ser un efecto del lenguaje. El deseo nace al mismo tiempo que el sujeto hablante, por el hecho de la separación que el lenguaje instala entre él y lo que estaba confundido imaginariamente. Es algo originario, que es un mito de un lugar originario sin tensión ni deseo, es imaginado bajo la enigmática figura de un objeto supuestamente perdido que podría satisfacer el deseo. En espera de una posible satisfacción, este objeto

21 Freud, S., "Remémoration, répétition et perlaboration". (1914), en *La technique psychanalytique*, PUF, Paris, 1953, pp. 105-115.

22 Lacan, J., *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse* (1964), Seuil, Paris, 1973, pp.53-61.

23 Lacan, J., "Les formations de l'inconscient", en *L'Séminaire 1957-1958*, inédito, recensión de Pontalis, J.-B., *Bulletin de Psychologie*, 1957-1958, t. XI, 4-5. pp. 293-296 y t. XII, 2-3, pp. 182-192, pp. 250-296.

causa el deseo y es representado en el inconsciente por un escenario de satisfacción del deseo. Este escenario se encuentra en los sueños, cuya función es satisfacer el deseo al menos imaginariamente y simbólicamente. Este escenario de reencuentros, de un reencuentro entre el sujeto y el objeto. Reencuentro imposible, pues cuando tiende a realizarse, obstruye al sujeto, que se inclina dolorosamente, se desvanece o desaparece. Es mejor para el sujeto que este escenario nunca se realice, que sea mantenido como imaginario, y que el deseo sea mantenido en estado de insatisfacción o se satisfaga con realizaciones substitutivas, simbólicas.

La definición más clásica del fantasma es ser un escenario imaginario, donde el sujeto está presente en cuanto que goza del cumplimiento de un deseo. Las experiencias más comunes de ello son las ensoñaciones diurnas, que nos ofrecemos en nuestros momentos vacíos, o cuando tratamos de evadirnos de un aburrimiento o de una situación desagradable. Buscamos en el imaginario el consuelo a decepciones actuales, el medio de transformar mágicamente la situación o de liquidar enemigos y obstáculos. Los fantasmas conscientes y preconscientes más o menos enturbiados por la censura y las defensas, son difícilmente confesables como tales por su carácter ilógico, infantil, excesivo o inmoral.

En el abanico de fantasmas, algunos tienen un estatuto particular. Los “fantas-

mas de los orígenes” son los escenarios por los cuales los niños se explican los misterios de la vida: el origen de los niños y de la diferencia de los sexos. A ello contribuyen las escenas del coito parental, las escenas de seducción activa y pasiva, las escenas de castración, los fantasmas inconscientes pero que pueden ser reconstruidos en el análisis, dando cuenta de los esquemas inconscientes que organizan la realidad psíquica. Los fantasmas son admirablemente opacos a las interpretaciones y no parecen decir más que su escenario. Al límite, el escenario se resume a una simple fórmula impersonal. Para un sujeto dado, se reserva a este escenario mínimo, reducido a una fórmula elemental, el nombre de fantasma fundamental.

Lacan propone representar por una fórmula que significa un reencuentro imposible entre el sujeto (obstruido por el encuentro) y el objeto que causa el deseo (objeto a). El objeto en cuestión no es más que un detalle, un resto, un desecho de algo más amplio, un lugar mítico. El hecho que el reencuentro sea imposible mantiene la tensión, que marca al sujeto con un sello.²⁴ La fórmula se escribe \$ <> (a). El cuadro entre los dos términos es una estampilla. Su forma recuerda la de los punzones utilizados por los orfebres y repujadores para marcar sus artefactos y metales preciosos, cobres y estaños. Este punzón identifica el objeto respecto al taller que lo ha fabricado, autentifica el artefacto y garantiza su buen gusto.

24 Lacan, J., “Subversion du sujet et dialectique du désir dans l’inconscient freudien” (1960), en *Ecrits*, Seuil, París, 1966, p. 816.

El objeto que “punza” el sujeto identificándolo es poca cosa, un “emblema” que es representado por esta pequeña cosa, a la que agarran los niños en sus tiernos años para reducir sus angustias: la tetina, el fleco de su peluche, “el fleco del pañal, el pedazo querido que no abandonan ni la boca ni la mano”.²⁵ Es el objeto que Winnicott ha teorizado bajo el nombre de objeto transicional.²⁶ Las reflexiones sobre el objeto que marca al sujeto hasta el punto de golpearlo con un punzón, que lo especifican en su deseo, abren un enorme horizonte. Ello demuestra que nada identifica un sujeto en su especificidad de manera más determinante que el fantasma, al menos bajo la forma de “fantasma fundamental”.

9. La identidad sexual

Si la identidad es una construcción a la vez imaginaria y simbólica, que organiza lo real de la masa viviente para hacer aparecer en ella grupos, familias, individuos, personas y sujetos, si la identidad es pues un campo de figuras y de palabras, se puede confirmar lo que se ha dicho en nuestra introducción: este campo es heterogéneo, complejo, como lo demuestran los avatares de la construcción de los diferentes conceptos, que intervienen en su construcción. Más aún este campo heterogéneo, tanto al nivel colectivo como al nivel individual, está sembrado de líneas de fragilidad, de defectos y de líneas de ruptura. Es lo que permite recortar mentalmente

secciones aisladas para someterlas a un análisis separado. Ya antes hemos establecido estas otras indicaciones de la existencia de líneas de ruptura, que son los datos clínicos de las perturbaciones de la identidad.

Este campo está además afectado de otra ruptura, una ruptura fundamental, que atraviesa tanto la identidad individual como personal y subjetiva. La sexualidad es esencialmente, como lo indica su etimología, una sección. *Sexus* es el efecto de *secare*, el corte que separa y distancia los trozos de la sección. De ello dan cuenta el mito judío de la creación bíblica y el mito griego del Andrógino tal como lo cuenta el relato de Aristófanes en el Banquete de Platón. Estos mitos plantean un corte decidido por una instancia divina (Yahvé, Zeus) sobre una entidad (el primer hombre, la esfera andrógina) a partir del cual son producidos los hombres y las mujeres. Estos mitos dan cuenta de la nostalgia de una unidad original perdida y de una insatisfacción fundamental en los humanos, que el reencuentro entre sexos no llega a reducir. Siempre falta algo para hacer un todo. La pareja no logra reconstituir la unidad mítica. Hay siempre una insatisfacción, una falta-de-ser.

La causa fundamental de la insatisfacción conyugal no reside en los enfrentamientos transaccionales entre individuos (cada uno buscando imponer su ideología al otro) ni en las incompatibilidades de personalidad (cada uno tratando de hacer reconocer sus ritmos, su

²⁵ Lacan, *op. cit.*, p. 814.

²⁶ Winnicott, D. W., *Jeu et réalité: l'espace potentiel*, Gallimard, Paris, 1975.

estilo, sus humores, su percepción). Esta causa está ligada a la condición del sujeto hablante y deseante tal como fue definida más arriba. En la pareja la insatisfacción fundamental de cada sujeto no puede ser anulada por el otro, a pesar del ideal romántico de la felicidad conyugal, basada en la ilusión de la complementariedad sexual. Los hombres y las mujeres no son seres-mitades adaptándose uno al otro, para componer un ser completo. Por su constitución subjetiva son impotentes para amalgamarse en totalidades cerradas. De hecho las relaciones conyugales pasan, como todas las relaciones humanas, por la mediación del lenguaje. Ahora bien, el lenguaje introduce entre los interlocutores la opacidad de su propia lógica. De ello resultan los clásicos *quid pro quos* y malentendidos, que plagan la comunicación cotidiana de las parejas, conducen a las interminables palabras de quienes quieren absolutamente hacerse entender y al silencio resignado de quienes han renunciado a ello. Entre los dos extremos hay lugar para un vasto campo de compromisos "realistas".

La diferenciación sexual se encuentra en los tres componentes de la identidad, que hemos esquemáticamente, demasiado esquemáticamente, hablado hasta ahora.

En lo que concierne a la identidad de los *individuos*, recordemos que nuestra sociedad no se satisface a las solas diferencias sexuales naturales para fundar la diferenciación sexual, es decir la atribución de roles sexuales. Los individuos son siempre identificados a partir de un sistema de marcajes. Que los cuerpos estén desnudos o vestidos, están significados

en cuanto sexuados por una escritura a flor de piel. Pinturas, tatuajes, adornos, vestidos, poses y conductas componen un código de pertenencia a las categorías sexuales como a las categorías sociales. Las modas postmodernas que pretenden la anulación de las diferencias sexuales por una suerte de unisexuación no han logrado imponer la indiferenciación sexual como norma colectiva. Señalemos también que como la identidad individual, la pertenencia categorial sexual viene de la codificación social y se construye a lo largo de toda la existencia individual en función de la mirada del otro. Los hombres no cesan de tener que probar su virilidad (cuya caricatura es el machismo); las mujeres no cesan de buscar la aprobación de su femineidad.

Notemos en fin que respecto a las ideologías holista e individualista, queda una disimetría entre los sexos. Las cosas han cambiado ciertamente mucho, pero la ideología individualista privilegia el individualismo masculino. Las mujeres son consideradas como guardianas de un cierto holismo concretizado en las solidaridades afectivas en las familias. De lo cual resultan algunas consecuencias muy pragmáticas, como las prácticas jurídicas en caso de divorcio. Los jueces prefieren atribuir el derecho de custodia de los niños menores de edad a su madre, considerando que ella es el familiar más adecuado, es decir que garantiza el contexto más estable, protector para los niños.²⁷ Privilegiar la seguridad de la relación maternal respecto a la inseguridad de la relación paternal sería según la relación holismo/individualismo en la familia, evocado más arriba, reconocer la función holista de las madres.

Lo que introduce otro debate, que no podemos emprender aquí: ¿qué sería una identidad femenina desprendida de la función maternal?

En lo que concierne a la implicación sexual de la identidad personal, señalemos que toda cultura se construye una tipología diferencial de los sexos, que conduce a estereotipos sexuales. En función de éstos, los individuos son considerados como si manifestaran una personalidad más femenina o más masculina. Hablar de hombres viriles o feminizados, de mujeres femeninas o virilizadas, manifiesta una posible disyunción entre la identidad individual y la identidad personal. Los rasgos de personalidad de este orden han sido objeto de inventarios constitutivos de una psicología diferencial de los sexos.²⁸ De otro lado, las especulaciones inter-caracterológicas conducen a confortar la idea de una posible psicología conyugal predictiva.²⁹ Estas tentativas no han resistido a la crítica, pero continúan inspirando las estrategias de las agencias matrimoniales y otras tentativas para gestionar encuentros entre hombres y mujeres sobre la base de teorías psicológicas de la personalidad.³⁰

Nadie ignora que la referencia social a los estereotipos sexuales implícitos sino explícitos induce prejuicios en materia de orientación profesional, de inserción social y de participación a los poderes, con efectos pragmáticos evi-

dentos. Nadie ignora tampoco que la referencia a los estereotipos alienta los conflictos conyugales y ordena el reparto de los roles y funciones. Así mismo evidente es el juicio de atribución, que reparte diferentemente los sexos respecto a la gestión de los comportamientos violentos. La atribución a la personalidad femenina de conductas de sumisión, correlativamente a la atribución a la personalidad masculina de conductas de dominación, culmina en el binomio caricatural del masoquismo femenino y del sadismo masculino. Cualquiera que sea el carácter excesivo e irritante de tales repartos, sólo se mantienen apoyados sobre la constatación común que "son las mujeres que hacen los niños y los hombres que hacen la guerra".

Queda mucho por desarrollar sobre las consecuencias de la sexualidad en la identidad subjetiva. De hecho, la identidad del sujeto es inconcebible fuera de la sexualidad. Ella es simplemente sexual pues desde el principio articulada al corte fundamental que constituye al mismo tiempo los sujetos y los sexos. En otros términos, la formación de la identidad sexual no es ni secundaria ni posterior a la formación de la identidad subjetiva. Ésta se desprende del hecho que el corte sexual no es más que el corte fundamental, que impide a los sujetos hablantes funcionar como seres monádicos, autosuficientes o consistentes en sí mismos. Sobre el plano imagi-

27 Cfr. Meulders-Klein, M.-Th., "Quels fondements pour la parenté?" en Sreinchen, R. de Villiers, G. (dir.), *La famille et les familles: quelle identité aujourd'hui?*, Academia-Bruylant, Louvain-la-Neuve, 1996, p.52.

28 Piret, R., *Psychologie différentielle des sexes*, PUF, Paris, 1996.

29 Le Galla, A., Simon, S., *Les caracteres et le bonheur conjugal*, PUF, Paris, 1965.

30 Maisonneuve, J., *La psychosociologie des affinités*, PUF, Paris, 1966.

nario inconsciente la diferencia entre sexos reposa sobre la convicción que unos están privados de aquello que los otros – los hombres – supuestamente gozan. Sobre el plano estructural por el contrario, los hombres y las mujeres se sitúan en el mismo lado: están golpeados por la misma imposibilidad de estar “enteros”. Su diferencia resulta más bien de la manera en que se acomodan a esta carencia. El conocimiento en esta materia se ha construido esencialmente a partir del material psicoanalítico de las curas de mujeres histéricas. Su cuestión era “¿qué es una mujer?”; siendo a partir de sus testimonios que el psicoanálisis ha podido teorizar sus tesis relativas a la diferencia psíquica de los sexos.³¹

La carencia en cuestión es de una u otra manera negada por el conjunto de la humanidad. A partir de las modalidades de la denegación, es posible elaborar una teoría de los modos de construcción de la realidad, que conduzca a distinciones clínicas en términos de estructuras subjetivas. En lo que nos concierne aquí, sería teóricamente posible fundar la diferenciación sexual subjetiva sobre la distinción entre dos modos de posicionamiento subjetivo respecto al asunto, excluido el tercer término del que están privados los dos.

10. Pertinencia de estas distinciones

La distinción entre tres modos de identidad – individual, personal, subjetiva – parece fundada sobre razones de

lógica del lenguaje. Como se describe en las páginas precedentes, los tres conceptos responden cada uno a un campo semántico y praxológico específico. Sin embargo ¿traduce esta distinción en la realidad llamada discursiva la experiencia de la realidad llamada “vivida”? Estamos aquí ante una construcción de modelo: ¿qué hay de su correspondencia con la realidad que este modelo supone representar?

Refiriéndome a una práctica clínica donde abundan las crisis y patologías de la identidad, constato que las distinciones semánticas elaboradas hasta aquí comportan alguna pertinencia para dar cuenta de las situaciones clínicas. Entre éstas se encuentran perturbaciones de la *pertenencia* a una categoría colectiva (nacional, racial, étnica, lingüística, social, familiar) en sentido de la identidad individual, sin que por ello sean afectadas la identidad personal y subjetiva. Otras situaciones son evocadas por las dificultades en la experiencia de la *presencia al otro* en las interacciones concretas en sentido de la identidad personal, independientemente de la identidad individual y subjetiva. En fin, se encuentran las perturbaciones de la *referencia* al sistema del lenguaje de los significantes y significados, acarreado con ellas efectos perturbadores tanto en el campo de la identidad individual como en el de la identidad personal. Estas observaciones dejan entender que las operaciones de referencia significativa son necesarias tanto para la definición de

31 Cfr. para un desarrollo más documentado André, S., *Qué veut une femme?*, Navarin, Bibliothèque des Analytica, Paris, 1986.

la pertenencia como para la experiencia de la presencia al otro.

Pertenencia, presencia y referencia son consideradas aquí como procesos implicando la reciprocidad de las relaciones entre aquel que se dice "individuo-persona-sujeto" de una parte, y el otro "social, semejante, interlocutor" de otra parte. Estos procesos implican que "el individuo-persona" pueda alternar según las circunstancias, la posición activa de sujeto y pasiva de objeto, es decir dar y

recibir sentido. Sentido, en cuanto objeto circulando en la relación intersubjetiva, se puede decir que es del orden del *reconocimiento* en la relación de pertenencia, del orden de la *existencia* en la presencia al otro y del orden de la *significancia / significación* en la referencia.